La lucha interna de Jonko

Jonathan Turrientes

La lucha interna de Jonko

Jonathan Turrientes

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2026
© Jonathan Turrientes, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com
Diseño de portada: autor de diseño

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-88206-51-1
THEMA: FRX - FRD - FXM - 5X - 5LKE - 1DSE-ES-M
DEPÓSITO LEGAL: M-14942-2026

1

PROLEGÓMENOS

Han transcurrido cuatro años desde que me gradué en Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid. Recuerdo con nostalgia el momento en que decidí confesarle mi amor a Jessica; desde entonces, hemos construido una relación sólida y armoniosa. Actualmente, tengo 28 años y ella, 32, y nuestras vidas han cambiado profundamente en todos los aspectos.

En lo que respecta a mi carrera profesional, una vez completados mis estudios, pasé seis meses enviando currículum a diversas empresas en busca de una oportunidad laboral. Finalmente, llegado el séptimo mes, obtuve la respuesta ansiada: un mensaje a través de las redes sociales de Anselmo Calderona, director general de la agencia de modelos La Mutanda, quien quería reunirse conmigo para hacerme una propuesta en firme.

Su interés se despertó gracias a mi participación activa en foros y plataformas de toda índole, mayormente en debates sobre el mundo de la moda, su ámbito de especialización. Mis comentarios, marcados por un tono irónico-sarcástico, no pasaron desapercibidos para él, propiciando así nuestro encuentro, en el que conseguí ganarme su total confianza.

Después de una reunión casual y una charla amena, Calderona me propuso concertar un segundo encuentro en los días posteriores. En esa ocasión, tuvo lugar en la sede central de La Mutanda, situada en el prestigioso barrio de Salamanca, en Madrid.

Sinceramente, no albergaba expectativas de ser seleccionado. Sin embargo, contra todo pronóstico, tras una entrevista formal en el despacho del presidente de la agencia, Francesco Mantovani, terminé siendo contratado. Ese acontecimiento marcaría mi irrupción en el mundo laboral, tan competitivo como complejo.

Sin duda, Mantovani, un hombre de apariencia seria, tradicional y de firmes convicciones religiosas, pronto se convertiría en mi aliado, gracias a mi habilidad para interpretar el lenguaje no verbal. Esta destreza no solo me permitió ganarme la confianza del mandamás de la agencia, sino también afianzar la de Calderona, quien ya estaba de mi lado.

A pesar de que mi primera tarea en la agencia de modelos nada tenía que ver con lo que había estudiado en la carrera de Periodismo, logré estrenarme profesionalmente como *community manager*, gestionando las redes sociales de La Mutanda. Con el paso de los años, entre aciertos y equivocaciones, y gracias a mis dotes de persuasión, conseguí convertirme en un empleado destacado para la agencia.

Aunque mi primer contrato fue como aprendiz, con el tiempo obtuve uno más profesional. Empezar desde abajo no es tarea fácil, sobre todo cuando te asignan la gestión de las redes sociales de las distintas sedes de La Mutanda en España: la principal en Madrid, además de Bilbao y Valencia. Si bien enfrenté diversas dificultades, la situación pudo haber sido mucho peor. Por fortuna, no tuve que encargarme de las redes en Rimini, Milán o Pistoia, en Italia. Estoy convencido de que, de haber sido así, me habría enfrentado a un reto mucho más exigente.

El tridente formado por Francesco Mantovani (56), Anselmo Calderona (45) y yo (28) es digno de admiración dentro del mundillo en el que nos movemos. Si bien nuestras diferencias generacionales son evidentes, nuestra relación trasciende lo laboral, extendiéndose al plano personal, lo que potencia nuestro talento, gracias a una comunicación efectiva.

El verdadero don de Mantovani radica en su capacidad de liderazgo, muy lejos de limitarse a ser un jefe autoritario, como tantos otros. Su disposición para escuchar tanto a los principales exponentes de la agencia como a los empleados de base que pasan por las oficinas contribuye, sin lugar a dudas, al crecimiento de la empresa.

Calderona, por su parte, es de aquellos que irradian un carisma notable, lo que le permite cultivar una extensa red de contactos en el ámbito empresarial y de la moda. Este don, además, resulta indispensable para un director general de agencia exitoso. La soltura que posee le permite promocionar, de forma directa o indirecta, los diversos servicios de la agencia, ya sea en reuniones y eventos relacionados con la moda o incluso en la informalidad de un café compartido en privado.

En cuanto a mí, ¿qué decir? En el área de la comunicación destaco por mi desparpajo. Las redes sociales son mi principal herramienta de trabajo: el mejor puente para conectar con distintos públicos objetivos y una amalgama de personalidades de toda condición. Comprender qué comunicar y cómo transmitirlo es fundamental para aglutinar masas. Las relaciones públicas, tanto en el entorno virtual como en el presencial, siempre se me han dado fenomenal. Gracias a esa habilidad que poseo —la de manejar la dialéctica—, los ascensos llegaron de forma gradual: primero con la renovación de contratos de corta duración y, más adelante, con la gran oportunidad de mi vida.

Precisamente, hace apenas un mes, y tras la jubilación de Rigoberto Morricone —quien hasta entonces ocupaba el cargo de responsable de Recursos Humanos en La Mutanda—, Mantovani, al observar el crecimiento de mi popularidad y el de la agencia gracias a mis estrategias de comunicación, ordenó que yo fuera su flamante sucesor. Nada más aceptar la propuesta de cambio de puesto, mi salario experimentó un salto significativo: de 600 euros mensuales a 1800. Increíble, pero cierto: en muy poco tiempo pasé de ser un aprendiz sin experiencia a convertirme en el responsable de Recursos Humanos de una de las agencias de modelos más influyentes del gremio. ¡Quién lo habría imaginado!

Como responsable de Recursos Humanos en La Mutanda, mis funciones han evolucionado ligeramente con respecto a mi puesto anterior. La primera, y quizás la más delicada, consiste en mantener informado a Mantovani sobre cada

movimiento dentro de la agencia; su aprobación es indispensable para que cualquier propuesta pueda materializarse.

La segunda función me lleva fuera de la oficina: asisto con frecuencia a eventos vinculados con el mundo de la moda, ya sea acompañando a Calderona o por mi cuenta. Desde comidas con grupos de empresarios hasta fiestas de todo tipo, el objetivo es siempre el mismo: atraer clientes VIP que generen encargos importantes y, con ello, aumenten el prestigio de la agencia.

La tercera función, que comparto con los expertos en redes —casi siempre teletrabajando—, consiste en identificar perfiles femeninos con potencial para destacar como modelos. A veces se trata de proyectos exclusivos de La Mutanda; otras, de encargos provenientes de empresas externas que solicitan nuestros servicios. Los roles que pueden desempeñar son variados: desde azafatas hasta modelos de pasarela, pasando por participaciones en televisión.

La cuarta y última de mis funciones consiste en asistir a cenas con figuras prominentes del mundo de la moda y líderes empresariales, siempre en calidad de representante individual. En esos encuentros —donde la etiqueta convive con la estrategia— el propósito es claro: tejer vínculos, cerrar acuerdos y persuadir a esas personalidades de que apostar por La Mutanda, ya sea como inversores o colaboradores, es sumarse a una marca en pleno ascenso. Allí, entre copas de vino y conversaciones medidas, se juega mucho más que una velada: se negocia el futuro.

Lo peculiar de esta última función radica en el perfil de las personalidades con las que suelo reunirme: no se trata únicamente de hombres canosos y curtidos por los años, sino también de mujeres exuberantes, extrovertidas, que —aunque en su mayoría superan la cincuentena— conservan intacto el magnetismo de quien sabe moverse en los círculos del poder. En los encuentros que involucran a ellas, mi habilidad para generar afinidad resulta especialmente eficaz. En un alto porcentaje de casos, logro que se vinculen con La Mutanda, ya sea de forma activa o como colaboradoras discretas que suman prestigio.

Y, siendo honesto, algunas se han insinuado. No obstante, jamás he cruzado la línea hacia lo carnal. En estos cuatro años junto a Jessica, mi vida íntima le ha pertenecido por completo, algo que aún me desconcierta si pienso en el hombre que fui: un amador desenfrenado, habituado a los excesos y a la conquista como si se tratara de un deporte cotidiano. La fidelidad, que antaño me parecía una quimera, hoy es una elección consciente, de lo más natural.

Asimismo, la trayectoria profesional de Jessica experimentó un ascenso vertiginoso, impulsado por una serie de circunstancias que, aunque fortuitas en apariencia, parecían alinearse con su talento. El primer giro ocurrió apenas dos meses después de mi graduación en Periodismo, cuando su jefe, Raúl Martín, le confió la dirección de un caso complejo que involucraba a un influyente empresario local. La magnitud del asunto fue tal que atrajo la atención de prácticamente todos los medios nacionales, e incluso de algunos internacionales.

La defensa, impecable en su planteamiento y estratégica en cada gesto, culminó con una victoria en primera instancia que no solo consolidó la reputación de Jessica, sino que terminaría proyectándola hacia horizontes insospechados. Poco después, su nombre comenzó a circular con frecuencia en los pasillos de los medios,

hasta que fue invitada a colaborar de forma habitual en la cadena Antena 5 TV. Allí, sus intervenciones —precisas, certeras y dotadas de una lucidez que difícilmente pasa desapercibida— giran en torno a la actualidad política y los sucesos que marcan el pulso de la sociedad. Su presencia en pantalla no solo informa: cautiva.

De hecho, el atractivo físico de Jessica —más esplendoroso ahora que en años anteriores—, combinado con sus sólidos conocimientos jurídicos y una oratoria que bordea lo magistral, la han convertido en una figura de referencia indiscutible. Su presencia mediática alcanzó tal magnitud que incluso logró eclipsar la sombra de su propio jefe, como si la luz que antes lo rodeaba ahora le perteneciera a ella. Cada vez que la prensa se hace eco de un caso de homicidio, violencia, corrupción o cualquier otro asunto de alto voltaje social, su nombre emerge con naturalidad, como si fuera parte del tejido mismo de la actualidad.

El segundo episodio está ligado con el puesto que Jessica ocupaba —sí, en pasado— en el bufete de abogados R&M. Su ascenso meteórico, fruto de una combinación de talento innato y circunstancias propicias, provocó que los clientes potenciales del despacho la eligieran casi de forma exclusiva para representar sus intereses. La confianza que depositaban en ella no solo era firme, sino que superaba con holgura la que inspiraba el propio jefe del gabinete jurídico, como ya he mencionado anteriormente.

Con el devenir de los meses, aquella tendencia terminaría por consolidarse, alterando de forma irreversible el equilibrio interno del despacho. Raúl, su superior, empezó a mostrar signos de incomodidad: inseguridades que se filtraban en sus gestos, celos apenas disimulados y una herida en el ego que no tardó en supurar. Ver cómo su empleada comenzaba a eclipsarlo —con luz propia, sin pedir permiso ni perdón— desencadenaría una serie de tensiones que fueron ganando terreno hasta convertirse en conflictos frecuentes, intensos, prácticamente inevitables.

En medio de ese clima enrarecido, Jessica tomó una decisión firme: dejar atrás R&M y abrirse paso en escenarios donde su brillo no incomodara, sino que fuera celebrado. Porque hay talentos que no caben en estructuras rígidas y que nacen para ocupar espacios más amplios que los que se les conceden.

El tercer y último suceso acontecería tras la marcha de Jessica del bufete R&M, consecuencia directa de las dos situaciones anteriores. Libre ya de ataduras jurídicas y del ambiente enrarecido que la había rodeado, decidió emprender su propio camino, fundando su despacho, al que dio el nombre de Quílez & Legal.

Aunque los trámites y el papeleo dilataron el proyecto durante meses —casi un año entero—, su presencia mediática terminaría obrando como elemento catalizador. Nada más comenzar su andadura en solitario en el distrito madrileño de Hortaleza, una auténtica avalancha de personas se presentó para recurrir a sus servicios, entre ellas varias personalidades que, tiempo atrás, la habían contratado cuando aún formaba parte del bufete R&M.

Al evocar los episodios que trazaron aquellos cuatro años intensos y al sumergirme en lo más íntimo de mi memoria, emerge con nitidez ese instante en que, dos años después de mi graduación, Jessica me propuso emprender una nueva travesía: hacer las maletas y partir hacia Boadilla del Monte, con la ilusión de transformar su chalet en nuestro nidito de amor.

A pesar de que en un principio dudé en hacerlo, pues me mostraba reacio a desprenderme del pequeño piso en Usera, ese rincón modesto, pero entrañable de Madrid que había sido mi hogar durante años, finalmente terminé aceptando su propuesta, seducido por la promesa de un porvenir compartido, por la idea de edificar juntos algo más que una casa: una vida, con sus luces y sus sombras, sus rutinas y sus milagros cotidianos.

Con el transcurrir de los días, nuestra relación fue afianzándose con la paciencia de quien edifica un templo piedra a piedra, hasta erigir un sólido bastión de sentimientos compartidos. La convivencia, lejos de desgastar lo que nos unía, actuó como argamasa: fortaleciendo los lazos y dando forma a lo que antes era solo promesa. Aquellos primeros años juntos se revelaron como una sinfonía íntima, tejida de descubrimientos, complicidades y aprendizajes. Ser pareja implicaba mucho más que compartir espacios: era aprender a leer los gestos, entender los silencios que también hablan y encontrar belleza en las rutinas que, lejos de volverse tediosas, se convertían en rituales de afecto.

Una vez confirmamos, en aquellos primeros meses, que nos complementábamos con una armonía casi perfecta, y al quedar mi piso en Usera deshabitado, se me ocurrió una idea: alquilarlo. No solo para obtener un ingreso adicional, en ese momento que ya no dependía de prestaciones ni del respaldo económico de mis padres, sino también para evitar que el tiempo lo cubriera de telarañas. Por ese motivo, me dediqué a colocar anuncios por todo el campus de la Universidad Complutense de Madrid, buscando inquilinos que le dieran nueva vida a mi humilde morada.

Las respuestas no tardaron en llegar. En cuestión de horas, mi buzón se llenó de solicitudes, todas interesadas en mi inmueble. Apenas una semana después, decidí alquilárselo a tres estudiantes que recién comenzaban su primer año en la carrera de Periodismo, una coincidencia que me pareció, cuanto menos, curiosa. Hoy, solo dos de ellos permanecen en él. El tercero, tras abandonar la carrera hace poco más de un año, optó por regresar al hogar de sus padres, dejando atrás el barrio de Usera y, con él, una etapa que apenas había comenzado a escribir.

En lo que respecta a lo vivido durante estos cuatro años en el ámbito de la amistad, recuerdo con especial nitidez aquel encuentro con José Luis, quien, al enterarse de mi cambio de residencia, me propuso vernos para tomar un café. Esa misma tarde, sentados en la terraza de nuestro lugar habitual, terminó confesándome su decisión de mudarse a Estados Unidos. La razón, tan inesperada como reveladora, era que había heredado unas tierras de un familiar cercano y veía en ellas una oportunidad de inversión que su trabajo en Madrid jamás le otorgaba. Aunque su partida me dejó una punzada de melancolía, comprendí que era un paso necesario en su búsqueda de horizontes más amplios.

Hoy, aunque ya no compartimos ciudad ni país, permanecemos en contacto. Las redes sociales, los mensajes esporádicos y alguna que otra videollamada nos permiten mantener viva la conexión, aunque con menor frecuencia. Aun así, cada intercambio lleva consigo el eco de una amistad que, pese a la distancia, lucha por no desvanecerse.

En cuanto a David, el más reservado de mi singular cuadrilla, su historia dio un giro inesperado apenas seis meses después de conocer a Yesenia: ella quedó embarazada. En otras circunstancias habría sospechado de un braguetazo en toda regla, pero la complicidad que transmitían juntos terminó llevándome a guardar silencio, evitando adentrarme en terrenos pantanosos que no me correspondían. Antes siquiera de formalizar su unión ante la vicaría, nació su primer —y hasta hoy único— hijo: Álex Jr.

Posteriormente, llegó la casa propia, símbolo tangible de una nueva etapa marcada por la solvencia. Con el paso de los años, David ha conservado intactas la humildad y la nobleza que siempre lo definieron. Me atrevería incluso a decir que, desde el nacimiento de su hijo, esas virtudes se han intensificado, como si la paternidad hubiera revelado una versión más pura de sí mismo. Hoy, el pequeño Álex está a punto de cumplir tres años, y su nombre no fue elegido al azar: es un homenaje sentido a nuestro amigo común, Álex, cuya presencia sigue viva en nuestras memorias compartidas.

Hablando de Álex, no me cabe la menor duda de que fue él quien cargó con la cruz más pesada de la moneda... y con diferencia. Mientras David y yo avanzábamos, cada uno a su ritmo, en lo económico y lo afectivo, Álex —el fiestero incorregible de nuestra cuadrilla— se sumergía cada vez más en un mundo de luces artificiales y noches interminables. Durante meses, no paró de salir de jarana con César, aquel chico cuyo hermano regentaba la discoteca The Paradyse, en Alcorcón. Los ambientes que frecuentaba entre fiesta y fiesta le otorgaron cierta notoriedad, pero también lo expusieron a compañías que terminaron siendo una mala influencia.

Gradualmente, y casi sin darnos cuenta, Álex comenzó a consumir alcohol y otras sustancias con una frecuencia más que alarmante, deteriorando no solo su salud, sino también su carácter. Cuando David y yo percibimos el rumbo que estaba tomando su vida, intentamos abrirle los ojos, hacerle ver que caminaba por una senda peligrosa. Pero nuestras palabras se estrellaron contra un muro de negación. Nuestra insistencia tuvo como consecuencia que Álex se aferrara aún más a sus hábitos autodestructivos, y esa obstinación acabó provocando la ruptura de nuestra férrea cuadrilla. En la última de nuestras disputas, la tensión fue tal que estuvimos a punto de llegar a las manos, empujados por su agresividad constante y la impotencia de ver cómo se desdibujaba el amigo que habíamos conocido.

Meses después del conflicto, recibimos, a través de César, una noticia que nos dejó sin aliento: Álex estaba ingresado en la UCI, al borde de la muerte. Por más que intentamos evitar que alcanzara ese extremo, su mala cabeza terminó pasándole factura. El alcohol y las sustancias lo arrastraron a un coma que se prolongó durante semanas, sumiéndonos a todos en una espera tensa y dolorosa.

Una vez supimos en qué hospital se hallaba, David y yo comenzamos a visitarlo de vez en cuando, siguiendo de cerca su evolución, aferrados a la esperanza de que despertara. Sus padres, cada vez que acudíamos a verlo, no paraban de recibirnos con abrazos cargados de gratitud y desconsuelo, agradeciéndonos una y otra vez que no hubiéramos abandonado a su hijo en ese momento tan oscuro. La vida de Álex pendía de un hilo y, aunque las broncas del pasado aún dolían, quisimos

estar presentes, acompañarlo desde la distancia de la conciencia, pero con la cercanía del afecto.

Lo más triste de todo fue comprobar que, salvo nosotros —y en menor medida César—, ninguno de los muchos conocidos con los que Álex había compartido noches, risas y excesos se molestó en visitarlo. Mientras tanto, David y yo —sobre todo él— nos volcamos con sus padres, intentando ofrecerles algo de consuelo, como si al cuidar de ellos también estuviéramos cuidando la memoria de quien, pese a todo, seguía siendo nuestro amigo más juerguista.

Tras nuestra última visita a Álex, David recibió la llamada que, por un instante, pareció devolvernos el aliento: sus padres querían comunicarnos que, después de un largo y sombrío periodo en coma, su hijo finalmente había logrado salir de la UCI. La vida, al menos en ese momento, ya no pendía de un hilo. Sin embargo, el precio de aquel retorno fue alto. La prolongada exposición a sustancias dejó en él huellas profundas, no solo en su cuerpo, sino también en su mente. Su conducta empezó a mostrar signos inquietantes: una agresividad desbordada, reacciones impredecibles y una alteración emocional que, poco a poco, dibujaba el perfil de una esquizofrenia incipiente.

Al ir David relatándome la situación, sentí cómo el mundo se desmoronaba bajo mis pies. Álex había sobrevivido... pero no de la manera que deseábamos. El peor de nuestros temores, ese que habíamos intentado mantener a raya, terminó por materializarse.

Nada más recibir el alta hospitalaria, nuestro amigo fue internado ipso facto de manera indefinida en la Clínica López Ibor, un lugar que, paradójicamente, ya conocía bien. Allí mismo cumple condena Carla, por el acoso que ejerció sobre mí. Es como si el destino se empeñara en cerrar el círculo con una ironía cruel.

En la actualidad, Álex permanece recluido en un entorno que se asemeja más a una celda que a un espacio de recuperación. Su cuerpo, sujeto a una camisa de fuerza, parece atrapado en una danza de contención y silencio. El mundo que lo rodea se reduce prácticamente a cuatro paredes desnudas y tres muebles austeros: una cama estrecha, un inodoro solitario y dos sillas que esperan, quizás, alguna visita que se atreva a cruzar la estancia.

Aún me cuesta aceptar que aquel amigo fiestero, con quien compartí tantas noches de jarana y complicidad, esté ahora confinado en un lugar tan inhóspito, envuelto en un tejido áspero y opresivo que parece simbolizar el peso de sus decisiones. Pero la errática deriva de su conducta terminó por sellar su destino, como si la vida le hubiera cerrado todas las puertas, salvo una: la del aislamiento.

La camisa de fuerza solo le es retirada en contadas ocasiones, cuando deben cambiarle la ropa, siempre bajo la atenta supervisión de dos o tres profesionales. Ellos también están presentes al asearlo, al administrarle la medicación y al vigilar cada gesto que pudiera anticipar un brote. Álex vive bajo una vigilancia constante, como si su propio cuerpo fuera una amenaza incluso para sí mismo.

Las imprudencias, tarde o temprano, exigen su tributo. Y su devoción por el exceso, por el vértigo de la noche, lo ha condenado a una existencia que se asemeja más a una pena perpetua que a cualquier otra cosa. Salvo un giro radical, todo indica que no saldrá de allí. Los médicos, cada vez que preguntamos por su evolución,

repiten lo mismo con una mezcla de resignación y compasión: esas cuatro paredes serán, con toda probabilidad, el único hogar que David conozca.

Regresando a Jessica, su situación posee una singularidad que la distingue. El trabajo consume buena parte de sus días, como una marea constante que no da tregua. Sin embargo, siempre que encuentra un resquicio en su agenda, se reúne con su cuñada Eva para compartir un café, ese momento sencillo que les permite reconectar entre palabras y silencios. En esas ocasiones, también aprovecha para pasar tiempo con sus sobrinos, especialmente cuando su hermano Kevin está surcando los mares, lejos de tierra firme. Son esos encuentros breves, pero significativos, los que parecen devolverle a Jessica algo de la calma que el vértigo cotidiano le arrebata.

Fuera de esos círculos, las relaciones de Jessica orbitan casi exclusivamente en torno al ámbito profesional. Ya sea con los colegas del despacho Quílez & Legal o con los tertulianos con quienes comparte micrófono semana tras semana, su vida social parece tejida con los hilos de la agenda y el compromiso. Es el precio —o el privilegio— de ser bella, próspera y brillante: una existencia marcada por la admiración ajena, pero también por una cierta soledad que se disfraza de éxito.

La economía de Jessica luce con notable esplendor tras la creación de su propio despacho jurídico, impulsada por una intuición financiera que roza lo prodigioso. Si ya como empleada en un bufete ajeno se desenvolvía con soltura y cosechaba ingresos más que respetables, al dar el salto a la aventura empresarial —arriesgando todos sus ahorros en los primeros meses— su fortuna comenzó a tomar forma con una fuerza inesperada. No solo le fue favorable; el éxito que Jessica alcanza hoy día rebasa la excelencia, como si el destino hubiera decidido premiar su audacia con una prosperidad que no tardó en consolidarse.

Tras un largo período de sacrificio, sostenido por un trabajo incansable, una constancia férrea y una dedicación casi obsesiva, el estatus de Jessica se elevó con firmeza, mientras su cartera —de clientes y de ingresos— no dejaba de aumentar a un ritmo constante. Ver cómo su esfuerzo iba dando frutos fue, para mí, motivo de genuina alegría. Había logrado materializar uno de sus más grandes anhelos: fundar su propio bufete. Ese sueño que durante años anhelaba con la tenacidad de quien sabe que la ambición, cuando se acompaña de talento, puede convertirse en destino.

En lo que a mí respecta, estos años han sido un mosaico de luces y sombras, y no todas las piezas encajan con armonía. Es innegable que mis sentimientos por Jessica persisten, intactos, como una llama que se niega a extinguirse. Mi corazón sigue latiendo por ella con una intensidad que me atraviesa, como si su ausencia dejara un vacío en el aire que respiro. La necesito, no como un capricho, sino como una necesidad vital, como quien busca el sol tras una larga noche. Sin embargo, los caminos de la vida —caprichosos, imprevisibles— me han arrastrado hacia una lucha interna que no cesa. Una batalla silenciosa entre el deseo y la resignación, entre lo que fue y lo que nunca llegó a ser. Y en ese vaivén emocional, sigo buscando respuestas que quizás solo el tiempo se atreva a revelarme.

Mi mente, siempre inquieta, continúa en constante movimiento, explorando rincones que a veces preferiría evitar. Por ahora, me mantengo fiel. Pero no puedo negar que, ante la presencia de una mujer atractiva, mi imaginación se desboca:

mentalmente la imagino sin cada prenda, y el deseo —silencioso pero punzante— se aposenta en mí como una tentación latente, aunque el acto carnal jamás llegue a consumarse.

Para unos, esa sola fantasía basta para cruzar la línea de la fidelidad, como si el pensamiento tuviera el mismo peso que el acto. Para otros, en cambio, mirar con deseo es simplemente una reacción humana, inevitable, casi instintiva y nada «delictiva». Al final, todo se reduce a una cuestión de perspectivas, a los límites que cada conciencia traza según sus propias reglas. Y yo, en medio de ese debate silencioso, sigo lidiando con mis sombras, preguntándome si la lealtad reside en el cuerpo... o en la mente.

De todos modos, mi mayor dilema no reside solo en la tentación de ser infiel con la primera mujer que se cruce en mi camino, sino en las carencias profundas que experimento en el terreno íntimo desde que Jessica fue catapultada al éxito. Su ascenso profesional, marcado por apariciones televisivas y una agenda agotadora en el bufete, ha transformado sus días en una carrera sin tregua. La mayoría de las noches llega a casa tarde, exhausta, con la mirada perdida en el cansancio, sin espacio ni energía para el deseo.

Y así, la intimidad que alguna vez nos unió con la suavidad de lo inevitable se ha ido escurriendo entre los dedos, al igual que el agua que nunca se detiene. La ausencia física y sexual se cierne sobre mí cual peso invisible, constante e insoportable. En ese vacío insoluble, mi lucha no es contra la fidelidad, sino contra esos instintos primarios de cazador que claman por el placer, reclamando su espacio en la quietud de la rutina.

En lo que respecta a Jessica, el peso de sus responsabilidades ha terminado por erosionar su deseo. El trabajo, implacable y absorbente, parece haberle robado no solo el tiempo, sino también la energía necesaria para el encuentro íntimo. En mi caso, sin embargo, ocurre lo contrario: aunque trabajara las 24 horas del día, mis ganas seguirían intactas, como una corriente subterránea que nunca deja de fluir. Lo admito sin pudor: soy un hombre de pulsiones intensas, un vicioso por naturaleza.

Honestamente, en mí habita una vena seductora que exige desahogo antes de entregarse a las garras de Morfeo. Y cuando no puedo compartir esos momentos con mi chica, recurro a la autosatisfacción, como quien intenta apagar un incendio con sus propias manos. Sí, me resulta imposible conciliar el sueño sin liberar ese «amor» visceral que recorre cada rincón de mi cuerpo, una energía que necesita vaciarse para que el descanso sea posible. Tal vez se trate de hábitos adquiridos con los años... o quizás sea simplemente esa fogosidad innata que me viene de fábrica, como un rasgo indeleble de mi forma de ser.

En resumidas cuentas, estos últimos cuatro años han obrado en mí una transformación tan profunda que, a veces, me cuesta reconocerme. La ansiedad que me asfixiaba en los años de estudiante —cuando dependía económicamente de otros y vivía al filo de la incertidumbre— contrasta de forma casi poética con la serenidad que hoy me acompaña. He aprendido a respirar sin miedo, a caminar sin el peso constante de la precariedad.

La fiesta, aunque continúa ejerciendo cierto magnetismo sobre mí, ha perdido la intensidad de antaño. Ya no me lanzo a ella con la misma voracidad, sino con

una mesura que antes me era ajena. Tal vez sea la huella que dejó lo sucedido con Álex o quizás la estabilidad emocional que me ha brindado mi relación con Jessica. Sea como sea, el vértigo ha cedido terreno a la calma... y en ese nuevo paisaje interior descubro una versión de mí que nunca imaginé habitar.

También es cierto que no sería en absoluto descabellado pensar que mi trabajo en La Mutanda ha contribuido, de forma sutil, pero decisiva, a moderar ciertos hábitos que antes me definían. En las fiestas que organiza la agencia —o en aquellas en las que participa como invitada de peso— se espera de mí algo más que presencia, por lo que debo mantener intactas mis facultades físicas y mentales, conservar la compostura y desplegar la elocuencia necesaria para entablar conversaciones fluidas, cerrar acuerdos y seducir con argumentos a posibles socios o clientes. Ese entorno, donde la apariencia y el control se entrelazan, me ha enseñado que el desenfreno tiene su lugar... pero no siempre su momento. Y en ese equilibrio entre lo que fui y lo que soy, descubro que la profesionalidad también puede ser una forma de contención.

La embriaguez es, sin duda, una línea roja que jamás debo cruzar... y mucho menos el consumo de sustancias que nublan la conciencia y entorpecen el juicio. Ni yo ni nadie. Si alguna vez, en algún rincón remoto de mi pasado, se me pasó por la cabeza siquiera considerarlo, lo sucedido con Álex borró de raíz cualquier tentación. Desde entonces, esa posibilidad no solo me resulta impensable, sino moralmente inadmisible. Hay experiencias que marcan un antes y un después, y la suya fue una advertencia brutal: un espejo roto que me recuerda que hay caminos que, una vez tomados, no tienen retorno.

2

UN DÍA NORMAL EN MI VIDA

Regreso al presente. Un día cualquiera en el calendario de mi vida. Son las nueve y media de la mañana, viernes, y el despacho se baña en una luz tibia que no para de colarse por las persianas entreabiertas.

En este mismo instante, estoy frente a una pila de currículos que esperan ser revisados: rostros, nombres, medidas, breves destellos de historias encapsuladas en papel. La solicitud llegó de uno de nuestros clientes, una firma del sector nutricional que requiere una modelo para ejercer como azafata en el Congreso de Dietistas, previsto en Moratalaz dentro de apenas unos días.

Paso las hojas con la cadencia de quien hojea un álbum de posibilidades. Hay rubias de sonrisa amplia, morenas de mirada intensa, alguna pelirroja que parece arrancada de un lienzo prerrafaelita. Altas, bajas, atléticas, enjutas. Cincuenta mujeres, cincuenta siluetas que podrían encajar en el molde que exige el evento. La elección no será sencilla, pero en ese instante lo único que me acompaña es el murmullo del reloj y el aroma persistente del café que reposa junto al teclado.

Hace unos años, en circunstancias normales, habría contemplado aquel desfile de rostros con deleite, fantaseando con conquistar a la mayoría de las candidatas. No resulta difícil dejarse llevar: el 99% de los perfiles pertenecen a mujeres de belleza deslumbrante, casi cinematográfica. Pero el tiempo, con su paciente pedagogía, y la experiencia, con sus lecciones a veces ásperas, han moldeado en mí un criterio más afinado, una capacidad de discernimiento que ya no se deja seducir por el fulgor superficial.

Hoy, tan solo cuatro de ellas consiguen superar la criba final. No se trata únicamente de su atractivo físico —que todas las candidatas poseen de sobra—, sino de algo más profundo: su formación, su presencia, esa cualidad intangible que distingue a quien no solo adorna un espacio, sino que lo eleva hacia los altares.

Ser responsable de Recursos Humanos en La Mutanda conlleva ciertas ventajas, algunas más sutiles que otras. Por ejemplo, el delicado arte de dar el primer paso para contactar a las chicas no recae exclusivamente en mí, sino en manos de nuestra secretaria, Ángela Solokoetxe. El azar —o quizás no tanto— ha querido que Ángela sea una de las mejores amigas de Alina, la hija de Francesco Mantovani. Nunca le he preguntado la edad, pero podría apostar que se mueve en ese intervalo impreciso entre los 20 y los 24, donde la juventud aún brilla sin desgaste.

En honor a la verdad, Ángela es una perfeccionista nata. Y aunque su cercanía con la familia Mantovani podría prestarse a sospechas, ella se empeña en no dar ni la más mínima razón para que la consideren una enchufada. De hecho, no cesa en

su entrega a sus funciones con una devoción que roza lo admirable, como si cada tarea fuera una prueba de carácter. En tiempos en los que la mediocridad parece haberse institucionalizado, su ética de trabajo es casi una rareza.

Nada más salir de mi propio despacho —qué bien suena eso—, me sitúo en un pasillo amplio y silencioso, como si el edificio contuviera la respiración por un instante. Cuatro caminos se abren ante mí, cada uno con su destino preciso. El primero conduce al despacho de Mantovani; el segundo, al de Calderona; el tercero desemboca en la sala de reuniones, flanqueada por la sala de espera; y el cuarto se extiende hasta la puerta de salida, donde se encuentra la recepción: el territorio de Ángela.

Debo decirlo sin falsa modestia: nuestras instalaciones logran ese raro equilibrio entre elegancia y calidez. Las paredes, de tonos neutros y líneas limpias, están adornadas con fotografías de nuestras mejores modelos, capturadas en momentos de gracia y estilo. Entre ellas, algunas instantáneas de Mantovani y Calderona —a veces juntos, a veces por separado— añaden un toque de historia interna, como si el edificio también contara sus propias memorias.

Al contemplar a Ángela, absorta en una llamada telefónica, decido hacerle un leve gesto con la mano, una señal silenciosa para que se acerque cuando termine. Ella asiente con la mirada, sin interrumpir la conversación, y durante un breve instante nuestros ojos se cruzan en una complicidad tácita para, a continuación, sin más, emprender el camino de regreso a mi despacho, donde me esperan las tareas propias de quien lleva sobre los hombros el peso —y el privilegio— de ser responsable de Recursos Humanos.

El tiempo no se detiene. El reloj, inexorable, marca ya las once y media. Ángela aparece con la puntualidad que la caracteriza y, sin mediar palabra, le entrego las fotografías de las cuatro mujeres que han superado la criba: las candidatas al puesto de azafata para el Congreso de Dietistas. Ella, con la serenidad de quien domina sus rutinas, decide responderme con un gesto breve, con elegancia medida, pidiéndome paciencia para, posteriormente, dirigirse a su mesa y regresar al cabo de unos minutos con otra carpeta, esta vez cargada de datos adicionales sobre las seleccionadas.

Intercambiamos los documentos con un gesto sutil y sincronizado, eficiente, sin necesidad de palabras. Acto seguido, Ángela se retira de mi despacho con la misma discreción con la que accedió a él. Poco después de su marcha, un correo electrónico irrumpe en mi bandeja de entrada: los horarios de las entrevistas con las cuatro aspirantes ya están fijados. La maquinaria se ha puesto en funcionamiento.

Mientras reviso el contenido de la carpeta, dejo que la televisión murmure de fondo. He sintonizado el canal donde Jessica participa como tertuliana. Apenas aparece en pantalla, algo en mí se detiene. No puedo evitar que se me escape una sonrisa —o algo más vulnerable— cada vez que la enfocan. Hay en ella una fuerza intacta, una convicción que no se ha desgastado con el tiempo: sigue siendo esa luchadora incansable contra las injusticias, la misma que logró que un tipo como yo se enamorara de ella como nunca antes. Según el correo, la primera aspirante irrumpirá en mi despacho a las doce en punto. El reloj avanza... y la mañana empieza a perfilarse como el preludio de algo más.

Justo al mirar el reloj, corroboro que faltan solo dos minutos para que el mediodía marque el inicio de la jornada. El tiempo avanza con una precisión casi hierática, como si anunciara algo más que el simple paso de las horas. En ese instante, Ángela penetra en mi despacho con la eficacia que la caracteriza. Su presencia no necesita preámbulos: con voz serena y gesto contenido, me informa que la primera candidata aguarda en la sala de espera, lista para entrar.

Tras dar el visto bueno a Ángela, la puerta se abre y una figura femenina emerge dentro del despacho con paso firme. De aproximadamente 1.75 metros de altura, su presencia impone sin esfuerzo. El cabello moreno, liso y cuidadosamente engominado, enmarca un rostro sereno y decidido. El traje que lleva —espectacular, impecable— parece diseñado para anunciar que ha venido a conquistar más que un puesto: el mundo entero. Se nota que la primera candidata no ha venido a probar suerte, sino a dejar huella. Y aunque su determinación resulte evidente, no tengo intención de allanarle el camino. La entrevista está a punto de comenzar, y en esta sala, la convicción se mide tanto como la elegancia.

Al revisar su currículum, descubro que se llama Ana. Su trayectoria como azafata es tan variada como llamativa: programas televisivos, un casino, incluso un yate. Lugares donde la presencia no solo se exhibe, sino que se impone. Nada sorprendente, considerando el magnetismo que emana de su figura. Sus labios, plenos y definidos, y esa mirada que parece atravesar capas de pensamiento, provocan alteraciones que van más allá de lo emocional: hay algo físico, casi térmico, en su presencia. No cuesta imaginar que más de uno —hombre o mujer— consideraría un privilegio tenerla frente a sí, aunque solo fuera por el breve lapso de una entrevista.

Apenas toma asiento, comienzo a desglosarle con precisión las condiciones que deberá cumplir si aspira a convertirse en la azafata elegida. Su actitud es receptiva y atenta, y mientras le formulo preguntas que abarcan tanto lo profesional como lo personal, ella responde con soltura, como si cada palabra estuviera ensayada frente al espejo. Fenomenal.

A decir verdad, aunque escucho, mi mente —traicionera y caprichosa— se desliza hacia rincones del pasado. Ana sonríe, y en cada gesto hay una intención velada, una estrategia de seducción que no necesita palabras. Es entonces cuando los pensamientos que me asaltan se tiñen de deseo, de una lujuria que creía domesticada. Increíble. El pasado, como un amante impaciente, parece empeñado en despertar mi lado más oscuro, ese que se oculta tras la fachada del profesionalismo.

Por momentos, la tentación se impone sobre el juicio, como una marea que no admite contención. Me sorprendo imaginando el gesto: levantarme de la silla, acortar la distancia que nos separa, ceder al impulso sin más defensa que el deseo. La mente, traicionera, insiste en jugar sus propias partidas, y el ambiente se carga de una electricidad sutil, casi incómoda, cada vez que nuestras miradas se entrelazan.

Estoy convencido de que esos labios, plenos y provocadores, son capaces de maravillas que no conviene detallar. Mi juicio, que hasta hace unos minutos se mantenía firme, comienza a tambalearse. Esta primera candidata no solo cumple con los requisitos del puesto: encarna la tentación en su forma más pura... y más peligrosa.

Mientras la entrevista avanza, hay momentos en los que la tentación se vuelve casi palpable. La idea de cerrar la puerta y rendirme al impulso que me ronda la mente cobra fuerza, como una sombra que se alarga con cada sonrisa de Ana. Al descubrir que tiene 35 años, una asociación inesperada me asalta: Estíbaliz, aquella profesora universitaria que marcó algo más que una asignatura. Atractiva, inteligente, con ese aire de mujer que sabe lo que quiere. Hoy debe rondar los 40 y, si la memoria no me engaña, debe ser madre soltera. ¿Qué habrá sido de ella?

Qué tiempos aquellos, cuando el campus era nuestro escenario y la pasión se desbordaba sin pudor, como si el mundo entero nos perteneciera por derecho juvenil. El recuerdo se instala en mi mente con una mezcla de nostalgia y deseo, y por un instante, Ana y Estíbaliz se funden en una sola imagen: tan real como imposible.

La entrevista con Ana se prolongó algo más de media hora, tiempo suficiente para que el deseo y la razón libraran su habitual contienda. A pesar de la insistencia de mis impulsos, mi mente logró imponerse, conteniendo el fuego que amenazaba con desbordarse. Mantener el control no es tarea sencilla, menos aún cuando el lenguaje no verbal se transforma en un juego de seducción sutil: dedos que se pierden en mechones de cabello, sonrisas que fluctúan entre la timidez y la insinuación.

No obstante, celebro no haber cedido. Mi lealtad a Jessica debe mantenerse firme, sin fisuras ni excusas. Esa fidelidad, aunque a veces se tambalee, es el hilo que me sostiene. La lucha interna, sin embargo, no cesa. Es un peso que arrastro día tras día, una carga silenciosa que se intensifica con cada caricia ausente, con cada noche en que el deseo queda sin respuesta. Temo —y no sin fundamento— que esta sequía afectiva termine por empujarme al abismo del pecado carnal, justo en el momento menos esperado.

Han pasado diez minutos desde que terminó la primera entrevista, momento que aprovecho para intentar despejar la mente encendiendo la televisión. Subo el volumen, como si el ruido pudiera acallar el tumulto interior. Pero no hay caso. Mantener el control se vuelve una tarea ardua, casi titánica. Maldita sea.

Según los datos del correo y los documentos que Ángela me entregó, la segunda candidata está a punto de llegar. Contándola a ella, aún restan tres entrevistas por delante. Sin embargo, la intensidad del encuentro anterior ha dejado una estela difícil de disipar, una inquietud que se ha instalado en el ambiente como una bruma persistente. La tensión no se marcha; acaba por quedarse, adhiriéndose a las paredes, a la piel, al pensamiento.

Honestamente, lo más sensato será levantarme de la silla y cerrar la puerta con llave. Necesito un instante de soledad, una tregua íntima antes de enfrentar el siguiente rostro. El cuerpo reclama su espacio, su desahogo, y la mente —por más que se esfuerce en mantener la compostura— no siempre logra imponer su ley. Hay batallas que se libran en silencio, y esta, sin duda, es una de ellas.

Al regresar al asiento, decido dejarme envolver por una inquietud silenciosa. Navego por el ordenador sin cesar hasta encontrar una película subida de tono, cuidando que ningún sonido ni detalle traicione mi intimidad, para acto seguido bajarme los pantalones y el bóxer con movimientos pausados, dejando que mis dedos despierten el deseo latente. La excitación crece con cada roce, como una llama que se aviva sin esfuerzo. En cuestión de minutos, el placer alcanza su cúspide:

fulminante, necesario. Un suspiro se escapa, profundo, liberador. ¡Qué alivio! ¡Cuánto lo necesitaba!

Justo minutos después de quitar el seguro y abrir la puerta, la aparición inesperada de Ángela me descoloca por completo. Esta vez no viene sola: la acompaña la segunda candidata, que espera ser entrevistada. Con su habitual eficiencia, Ángela, tras presentarme a la nueva aspirante, sin perder tiempo, vuelve a esfumarse por el pasillo, exponiéndome a otro peligro inminente.

La segunda candidata, Leticia, tiene 23 años. Lo primero que llama la atención es su melena rubio platino, que brilla como si atrapara la luz, y sus ojos verdes, intensos, casi hipnóticos. A medida que avanzo en la evaluación, algo no encaja. Leticia no cumple con el perfil: su estatura apenas supera el 1.60, lejos del mínimo de 1.70 que exige nuestro cliente. La diferencia es sutil, pero concluyente.

Durante la conversación, la oratoria de la entrevistada resulta sorprendentemente limitada, una paradoja inquietante si se considera que, según su currículum, domina cuatro idiomas. Hay algo en ella que me impulsa a prolongar la entrevista más allá de lo necesario; no quiero ser brusco, intuyo que una palabra mal dicha podría herirla. La sensibilidad que transmite mediante su lenguaje no verbal me obliga a medir cada gesto y cada palabra al milímetro.

Mientras la contemplo hablar, no puedo evitar una reflexión íntima: en otro contexto, en otra vida, quizás de habérmela cruzado en un pub nocturno, habría intentado seducirla. Su presencia tiene algo magnético, una mezcla de elegancia y misterio que desarma. El currículum que presenta impresiona; su porte, fascina. Pero la realidad se impone con la frialdad de los requisitos: su estatura, por debajo del mínimo exigido, y su limitada capacidad dialéctica, lamentablemente, la excluyen del puesto.

Nada más despedirme de Leticia, salgo del despacho cerrando la puerta con suavidad, como si el gesto pudiera amortiguar la impresión que me ha dejado. Al mirar el reloj, descubro que las agujas marcan las dos. Hora de comer. ¿Solo o acompañado? Hoy toca acompañado. ¿Por quién? El día aún no quiere revelármelo. La respuesta flota en el aire, como una nota suspendida que todavía no ha encontrado su acorde.

La hora de la comida es de lo más ceremonial, una tregua sagrada en medio del vértigo diario. Algunos días, cuando la tarde me concede libertad, escapo a Boadilla, ese rincón donde el tiempo parece detenerse. Otros, termino secuestrado por Mantovani y Calderona, compañeros de mesa y confidencias, en restaurantes donde el jefe —generoso como pocos— asume la cuenta sin pestañear. No puedo quejarme: la suerte que he tenido con él, o más bien con ambos, porque son, además de excelentes profesionales, magníficas personas.

Parece que hoy toca la segunda opción. A todo esto, quedan dos entrevistas por delante, ambas programadas para después de las cuatro. Una pena no poder compartir mesa y cubiertos con Jessica ni perderme con ella en Boadilla, nuestro pequeño refugio de amor. Admiro su faceta de tertuliana y ese empuje que tiene como emprendedora, aunque confieso que ambas la alejan de mí más de lo que desearía. La admiro, sí. Pero no dejo de echarla de menos.

Al situarme en el pasillo principal, evidencio que tanto Mantovani como Calderona aún continúan en sus respectivos despachos. El silencio corporativo se impone, apenas roto por el eco de mis pasos mientras avanzo hacia la entrada. Sobre la mesa de Ángela descubro un papel con mi nombre, escoltado por dos folios cuidadosamente alineados. En ellos, además de la hora exacta de llegada de las candidatas, figuran sus fotografías, impresas con meticulosa pulcritud. Ángela no deja cabos sueltos. Qué mujer tan eficiente, pienso, admirando su discreta manera de sostener el engranaje sin alardes.

Apenas guardo los dos folios en la maleta, los despachos se abren al unísono: Mantovani y Calderona emergen como si hubieran ensayado la sincronía. Ya formados como tridente habitual, abandonamos las oficinas de La Mutanda para, acto seguido, dirigirnos al coche de Calderona, que, salvo contadas excepciones, asume el rol de conductor oficial cuando compartimos trayecto y propósito.

Una vez acomodados en el interior, el silencio se apodera del ambiente por momentos: brevemente denso, pero no incómodo. Es entonces cuando, como quien enciende una lámpara en una habitación oscura, Mantovani decide romper el hielo. Su voz, siempre medida, termina abriéndose paso para disipar la calma que nos envuelve:

—Caballeros, estaba pensando que podríamos comer hoy en el restaurante de un amigo mío, en San Agustín de Guadalix —propone Mantovani, mientras se acomoda en el asiento—. Sirven cocina italiana de verdad, nada de imitaciones. Sé que, a ti, Jonko, te encantará, y Anselmo ya lo conoce bien. Así que, si os parece bien... Calderona, ¿nos llevas a Mangiare Felice?

—A sus órdenes, don Francesco —responde Calderona con una sonrisa cómplice, para que, posteriormente, ambos veteranos me miren, esperando mi reacción... o tal vez mi aprobación.

—Gracias, Francesco, en serio. Y a ti también, Anselmo, por ser siempre quien nos lleva, como un chófer. Comer platos de vuestra tierra es un lujo; la cocina italiana tiene una fuerza que se siente, como si cada receta hablara de raíces, de historia. Y no solo eso: la arquitectura, la cultura... todo lo que viene de Italia desprende carácter. Desde que empecé a trabajar con vosotros, me siento parte del equipo, y eso me reconforta. Sois como unos padres para mí... pero versión italiana —expongo, mostrándome de lo más agradecido, mientras seguimos charlando en el coche.

De camino a San Agustín de Guadalix, Calderona se deja llevar por su vena patriótica y convierte el coche en una cápsula de italianidad sonora. Aunque suele inclinarse por el pop —con Nek como su indiscutible favorito—, hoy nos sorprende con una selección de ópera que acompaña cada kilómetro como si el trayecto fuera una escena de teatro. Giuseppe Verdi y Giacomo Puccini nos envuelven con sus arias, elevando el ambiente a una solemnidad inesperada.

Entre canción y canción, el coche se convierte en un pequeño festival lírico, una celebración íntima de la ópera italiana. Mantovani y Calderona no paran de tararear con entusiasmo, como si cada tema los conectara con algo profundo y ancestral. En cambio, yo continúo aquí, observándolos en silencio, envuelto por la música y por una sensación difícil de nombrar. Envidio su fervor, esa pasión que brota sin esfuerzo cuando hablan de su tierra. Son tan devotos de Italia como lo soy